

Prólogo

El presente volumen reúne las veinticuatro notas preliminares que escribí para presentar una selección de otros tantos libros publicada bajo el título genérico de «Maestros modernos hispánicos». Fue Círculo de Lectores quien en su momento me propuso seleccionar las obras que debían integrar la colección y, además de presentarlas, encargar los prólogos correspondientes, que, con la salvedad de dos, de los que yo mismo me ocupé, encomendé a personas especializadas en el tema o a escritores que, sin ser especialistas, me parecieron afines a la obra o al autor en cuestión. Ahora, separados de los libros para los que fueron concebidos, esos dos prólogos de mi cosecha se añaden a las ya mencionadas notas preliminares y juntos forman este volumen: un cuerpo heterogéneo, espero que autónomo, pero tal vez necesitado de alguna precisión.

En primer lugar, el título de la colección. Es innegable que «Maestros modernos hispánicos», en lo que tiene de descriptivo, se aplica con veracidad y justicia a todos los autores que integraban la colección; también me parece innegable que, a primera vista, no orienta adecuadamente al lector respecto del contenido y propósito de la selección. A decir verdad, el título, además de evitar el reiterado oxímoron de «clásicos modernos» o, aún peor, «clásicos contemporáneos», adquiriría más sentido

en el conjunto de colecciones similares que Círculo de Lectores proyectó y dio a la luz casi simultáneamente: «Maestros modernos anglosajones» y «Maestros modernos europeos», colecciones que, a su vez, formaban la estela de otras tituladas, de manera prístina, «Clásicos griegos», «Clásicos españoles», etcétera.

Acepté la proposición de reunir y ordenar aquel variado elenco por varias razones, entre las que ahora destacaré sólo dos: la primera, saber que mi falta de formación estrictamente académica me obligaría a adentrarme con pocos pertrechos en tierras vírgenes para mí, de lo que obtendría una experiencia muy provechosa; la segunda, saber que contaba con el apoyo de personas cuyos conocimientos y buen criterio suplirían mis carencias.

Aun así, no se me ocultaban las dificultades con que habría de encontrarme y con las que, en efecto, me encontré. La primera fue el período histórico en que había de encuadrarse la selección, a saber, el que va del final de las guerras napoleónicas al inicio de la guerra civil española (o de la Segunda Guerra Mundial, en el caso de Hispanoamérica), un período relativamente extenso y absolutamente agitado, cuyos límites marcaban acontecimientos históricos determinantes en la vida de los países, aunque no necesariamente coincidentes con las vicisitudes de la vida literaria en cada uno de ellos. Tratar de abarcar la evolución de la narrativa española a lo largo de esta etapa y en todos los países de habla hispana era el osado propósito de la colección. Pero no era éste el menor de los retos.

Aunque no debería ser así, la narrativa española del período en cuestión ha de luchar con dos antagonistas formidables: la gran novela europea de ese mismo período y la literatura española del Siglo de Oro. Es difícil vi-

vir a la sombra del *Quijote* y por añadidura haberse de comparar con Balzac, Flaubert, Dickens, Tolstói o Dostoievski, o, ya entrado el siglo xx, con Joyce, Kafka o Proust, por citar sólo algunos nombres. Aun así, y sin caer en un chauvinismo pueril, hay que admitir que la narrativa española se defiende bien. Por otra parte, tiene a su favor el hecho, por lo que se refiere a nosotros, de contar «en exclusiva» la historia de aquel tiempo en este lugar. En efecto, ésta fue una de las cosas que no formaban parte del proyecto inicial, pero que pronto se hizo patente a nuestros ojos: que en el caso de España la selección, acertada o no, ofrecía un vivo retrato de la realidad cotidiana a menudo sorprendente, por lo general terrible y siempre aleccionador: un mosaico abigarrado de personajes familiares y extraños, tiernos o apasionados, abnegados, feroces o desvalidos, pero siempre a merced de las guerras, las revoluciones, las convenciones sociales, los ideales reformistas, las miserias y las grandezas de una sociedad compleja y desorientada. Nunca como en este período la historia de un país ha necesitado más de la narración (real o ficticia, da lo mismo) para ser entendida en sus justos términos.

Algo similar ocurre con el sector americano de la colección, si bien con una diferencia importante. El período que abarca la selección coincide precisamente con el inicio de la independencia del imperio español de ultramar. En algunos países el fenómeno se produce al arranque del período; en otros, como es el caso notorio de Cuba, mucho más tarde, y con una repercusión en la metrópoli que la literatura española registra con fidelidad de sismógrafo. En cualquier caso, cada nuevo país latinoamericano emprende su propio y agitado camino, y el resultado es un conjunto de literaturas autónomas cuyo

agrupamiento se justifica por la lengua común y poco más. A la diferencia propia de cada zona geográfica, de cada sustrato cultural y de cada evolución dentro mismo de un sistema colonial común se suma pronto la divergencia coyuntural, de tal modo que sólo la distancia avalla una visión de conjunto.

Por esta misma razón histórica, la selección de escritores americanos adolece de cierta injusticia en la medida en que se trunca cuando muchas de las literaturas representadas en ella estaban alcanzado el nivel de desarrollo que las llevaría a ocupar a escala mundial el centro de la escena literaria en la segunda mitad del siglo xx. Con esto no quiero decir que los autores que integran la colección no sean buenos, sino que la eclosión ulterior, que ellos hicieron posible, les confiere, por así decir, un valor añadido: el de ser antecedente y causa de muchas maravillas.

Todo esto, en definitiva, poco importa. La colección no se había fijado la presuntuosa tarea de establecer un canon ni se hizo con un criterio histórico o historicista. A decir verdad, la selección de autores y obras vino regida por criterios mucho más modestos.

El primer criterio fue, por llamarlo de algún modo, el de la actualidad, es decir, no incluir ningún libro cuya lectura actual no resultara interesante al lector no especializado. Dicho de otro modo, excluir aquellos títulos que, a juicio del seleccionador, sólo poseían un interés histórico, que eran importantes para la historia de la literatura pero cuyo contenido poco tenía que decir al lector de hoy.

El segundo criterio fue el de la complementariedad. Aunque cada uno de los libros seleccionados había de tener un interés intrínseco y un valor individual, quien

leyera todos los que integraban la lista tendría una idea cabal de lo que fue la prosa en lengua española en el período que abarca la lista. Con este objeto, no sólo se incluyeron en la colección obras narrativas en el sentido convencional del término (novela y cuento), sino también autobiografías, memorias y diarios, cuyo valor literario es alto y cuyo contenido constituye a su vez un apasionante relato.

El tercer y último criterio, huelga decirlo, fue el del gusto personal. Por supuesto, traté de evitar la arbitrariedad y el capricho, pero no la heterodoxia. No hay que ser un experto en la materia para advertir en la lista ausencias flagrantes que contrastan con la presencia de nombres que el tiempo ha relegado, por una u otra razón, a la zona de sombras. Insisto en que se trata de un criterio y no de un dogma. Por un motivo similar, prescindí en algunos casos de obras excelentes de las que existen ya muchas y muy buenas ediciones (tal es el caso de *Fortunata* y *Jacinta*, por citar sólo un ejemplo), en beneficio de otras de los mismos autores igualmente representativas y quizás menos conocidas.

Veinticuatro títulos parece un número suficiente, pero resultó muy escaso a la hora de la verdad. Esta insuficiencia provocó algunas víctimas, especialmente por lo que respecta a los escritores hispanoamericanos, cuya diversidad y peculiaridad en virtud de sus respectivos condicionamientos históricos y geográficos justificaría una lista independiente. En este caso, me esforcé por incluir una representación de dicha variedad, consciente de que constituye, a lo sumo, un mero testimonio.

Como he dicho al principio, yo presenté cada volumen de la colección y escribí el prólogo a dos de ellos. Los otros veintidós prólogos los encargué a personas

mucho más capacitadas que yo. Todas ellas respondieron a mi solicitud con generosidad, eficacia, cordialidad y prontitud, por lo que no está de más dejar aquí constancia de su trabajo y de mi agradecimiento. A menudo sus nombres aparecían mencionados en la correspondiente nota introductoria. Esta mención ahora no hace al caso, motivo por el que se ha resuelto suprimirla, para no enojar al lector. Por lo demás, a la hora de preparar la presente edición tomamos la decisión de no modificar en nada la redacción original, erratas y descuidos aparte. Las notas que figuran a continuación son literalmente —excepción hecha de las menciones a los prologuistas— las que aparecieron en su día encabezando cada volumen de la colección. Esta decisión no obedece sólo a razones de comodidad, sino a la certidumbre de que, si hoy volviera a escribir lo que escribí en su día, tanto los prólogos como las notas, lo haría de otro modo. No porque mis apreciaciones sean distintas, sino porque el hecho mismo de haberlos escrito me ha abierto perspectivas hacia nuevas consideraciones y nuevos matices. Lo mismo se podría decir de la selección de libros que motivó estos textos. El mero hecho de confeccionarla hace pensar en otras muchas listas paralelas o alternativas igualmente válidas. En ello no hay nada de contradictorio. Al contrario, el espíritu que animó la empresa desde el principio fue saber que para quien ama los libros sólo existe un placer superior al de la lectura, y es el de la discusión sobre lo leído y lo por leer.

Sólo queda, por último, cumplir con un grato deber. Cuando se publicó la colección de «Maestros modernos hispánicos» dije que nunca me habría impuesto esa tarea de no haber contado con la ayuda de personas capaces y valiosas. Me refería a Amparo Hurtado y a

Ignacio Echevarría, que además ha sido ahora el impulsor de este volumen. En aquella ocasión otras muchas personas, entre las que hay que destacar a Francisco Rico, me brindaron su colaboración desinteresada. Entonces les expresé de palabra y por escrito un agradecimiento que aún perdura y que mucho me complace tener la oportunidad de reiterar.

Eduardo Mendoza